Cuadernos
PARA EL DIÁLOGO

número 51 - julio-agosto 2010
5€

Director: Manuel Domínguez Moreno



Y después de Gabo, ¿qué?
Harold Alvarado Tenorio

Bicentenarios y aniversarios
Rubén Caravaca

Afganistán, un espacio humanitario perdido
Aitor Zabalgogeazkoa

"Me avergüenza ver armas españolas en países en conflicto"
Gervasio Sánchez

La pobreza como entelequia, la bondad como utopía
Juan José Peña Burgos

ISSN 0011-2534
9 770011 253009 00051

La novela colom

Cien años de soledad

Sólo cinco ficciones, sostiene el crítico, merecen figurar en el santoral de la gloria del Nobel que ya dura 43 años: *Cóndores no entierran todos los días* (1972), de Gustavo Álvarez Gardeazabal; *Los parientes de Ester* (1978), de Luis Fayad; *Sin remedio* (1983), de Antonio Caballero Holguín; *La virgen de los sicarios* (1994), de Fernando Vallejo, y *El crimen del siglo* (2006), de Miguel Torres.

Et tout le reste est littérature



HAROLD ALVARADO TENORIO

Cuenta **Gerald Martin** (*A Life*, 2008) cómo en cierto momento de junio de 1965 GGM escuchó a la musa que le ordenaba redactar, en los dieciocho meses que vendrían, la saga de los Buendía.

Hasta ese momento, la llamada novela colombiana había adolecido de todos los pecados narrativos desde el Siglo de las luces, un fastidioso realismo que hizo de la mayoría de las obras literarias sucedáneos de la Historia, personal o colectiva. A partir de *Cien años de soledad* (Buenos Aires, 1967) no pudo volver a hablarse de la realidad sino de sus representaciones, como lo había inaugurado **Jorge Luis Borges** en sus inesperadas historias desde los años cuarenta. GGM había recibido ese don luego de haber leído las versiones de las novelas de **William Faulkner** que Borges y su madre habían confeccionado para hacerle legible en español, todo ello cocinado con **Rulfo**, la Biblia, **Rabelais** y las narraciones orales de su tía **Francisca Simodosea**.

Un meteorito había caído sobre los rutilantes planetas de la narrativa colombiana de entonces: **Eduardo Caballero Calderón** [*El buen salvaje*, Premio Nadal, Barcelona 1966], **Manuel Mejía Vallejo** [*El día señalado*, Premio Nadal, Barcelona, 1963], **Próspero Morales Pradilla, Héctor Rojas Herazo** [*Respirando el verano*, Premio Esso, Bogotá, 1961] y **Manuel Zapata Olivella**.

La tercera resignación (1947), un cuento donde un niño permanece en su ataúd dieciocho años hasta que se entera que está descompuesto y sólo falta que los ratones se lo coman a pedazos, parece ser el antecedente del talante con que fue redactada *Cien años de soledad*, una saga familiar y una metáfora de la historia que puede ser leída como novela de aventuras o como poema. Relato mágico de la experiencia del hombre, desde el Paraíso hasta el Apocalipsis, recuenta los azares de vivos y muertos a través de presagios,



biana posterior a

La tercera resignación (1947), un cuento donde un niño permanece en su ataúd dieciocho años, parece ser el antecedente del talante con que fue redactada *Cien años de soledad*, una saga familiar y una metáfora de la historia



Caricatura de Pepón para el diario *El Tiempo* donde Gabriel García Márquez advierte sobre los peligros de la creación de un Ministerio de Cultura a Ernesto Samper Pizano, presidente acusado de haber sido elegido por dineros de la mafia del narcotráfico.

hechicerías, sueños, fantasías, erotismo, violencia y pestes, símbolos de esa "ciencia de lo concreto" con la cual descubrimos que la soledad, a que nos ha confinado el siglo de la ciencia y las guerras atómicas, es el mal por excelencia.

El asunto central de la novela es la soledad. En Macondo, tierra de lo posible, no existe la solidaridad y la comunicación entre los hombres. Macondo es una Arcadia donde sólo triunfan la muerte y la violencia. Un pueblo habitado por sabios aislados y vidas anacrónicas. Una historia narrada por el coronel Aureliano Buendía, que entre los avatares de las guerras compone en versos rimados sus encuentros con la vida y la muerte

"Los escribía en los ásperos pergaminos que le regalaba Melquiades, en las paredes del baño, en la piel de sus brazos, y en todos aparecía Remedios en el aire soporífero de las dos de la tarde, Remedios en la callada respiración de las rosas, Remedios en la clepsidra secreta de las polillas, Remedios en el vapor del pan al amanecer"

y ya cerca del final, quema, con el baúl de los poemas

"la historia misma de la familia, escrita por Melquiades, hasta en sus detalles más triviales, con cien años de anticipación. La había redactado en sánscrito, que era su lengua materna, y había cifrado los versos pares con la clave privada del emperador Augusto, y los impares con claves militares lacedemonias",

porque gracias al misterio de la poesía

"no había ordenado los hechos en el tiempo convencional de los hombres sino que concentró un siglo de episodios cotidianos, de modo que todos coexistieran en un instante".

La poesía, he ahí la materia de que está hecha esta obra de arte, cuyo único antecedente entre nosotros es **María** de **Jorge Isaacs**.

II

Si durante la Colombia del Frente Nacional la literatura vivió exiliada e inxiliada, el auge del narcotráfico, el secuestro, el tráfico de armas y el prestigio del escritor de Aracataca hicieron del libro uno de los apetecidos utensilios del lavado de activos de nuestro tiempo. Tanto como para que muchos de esos gigantescos conglomerados editoriales de hoy surgieran en Colombia, según sugiere **Félix Marín** en *Dineros del narcotráfico en la prensa española* [Madrid, 1991], donde rastrea los orígenes de la aparición del grupo Prisa y la fortuna de los **Polanco**, o los miles de folios que reposan en los juzgados sobre las aventuras de **José Vicente Kataraín** y su Oveja Negra, que llegó a "exportar" más de 10.000 millones de pesos anuales en pretendidos libros colombianos, que fueron, en realidad, toneladas de papel periódico que terminaban en las aguas profundas de los puertos de mar de los Estados Unidos o Buenos Aires, cuando no en los contenedores de



Dineros del narcotráfico en la prensa española, de Félix Marín, rastrea en los orígenes del Grupo Prisa y la fortuna de los Polanco.

basura de los aeropuertos de Frankfurt o Madrid. Sin contar del trapicheo con el dinero público de editores y libreros desde los años de ascenso al poder cultural de **Belisario Betancur**, que ha llegado a la enigmática extravagancia de construir, con un siglo de retraso, 1.200 bibliotecas en los municipios más desolados de Colombia, ahítas de productos culturales *made in Spain* en los años, precisamente, de la aparición de la Banda Ancha, los ordenadores y la Internet[1].

Según los estadígrafos de la cultura, con doña **Luz Mery Giraldo**, de la Facultad de Literatura de la Universidad Javeriana a la cabeza, son más de seiscientas[2] "novelas" las que han aparecido en Colombia luego de *Cien años de soledad*. Quizás los más prolíficos autores de ellas estén en este listado[3], donde concurren auténticos expertos de la comercialización, la intriga y la servidumbre voluntaria.

"Novelistas colombianos" que habrían representado el papel del Pobre Lázaro, en el jugoso banquete editorial, donde a Epulón lo interpretaron los cientos de títulos de autores latinoamericanos del llamado Boom, controlado por la Dama de Hierro las letras, **Carmen Balcells**, y el canario **Juan Cruz**, el Petiso de los Mandados de Prisa.

Pero lo cierto es que los verdaderos promotores de los narradores y poetas hispanoamericanos, a nivel mundial, fueron dos *aristokrátos* catalanes, miembros de una célula subversiva conocida como Grupo de Barcelona: **Carlos Barral** y **Jaime Gil de Biedma**, quienes en 1961 dieron a Jorge Luis Borges, en Mallorca, el Premio Formentor, que le hizo conocer en doce lenguas europeas. En torno a ellos se desarrollaría, a medida que Barral se arruinaba como editor, el prestigio de nuestros escritores posteriores al Modernismo.

Mientras tanto, en las oficinas culturales de la dictadura de los hermanos Castro, se promovía, con la ayuda de un puñado de mercenarios, la perversa teoría de la incultura como fundamento del arte, y se condenaba al ostracismo a cientos y cientos de artistas y pensadores[4], con el argumento, decretado en revistas como Verde Olivo, de que era la hora de diseminar la prosodia y la sintaxis de **Mario Benedetti**, mediante una literatura en la revolución y la revolución en la literatura, como lustroso y obsecuente dejó consignado **Óscar Collazos**. Para quien el acto de crear, de concebir obras de arte, era una mistificación del capitalismo que había que abolir para siempre. Se trataba ahora de escribir como si se estuviera haciendo herrajes. Hoy son más de veinte las pruebas que exhibe la bibliografía de su fracaso.

Doctrina que se hundiría en el albañal del olvido, con el medio millar de "novelas" que confunden la poesía con la suplantación de la historia y el realismo sucio, como lo demostró **Seymour Menton** en *La nueva novela histórica de la América Latina* [1993], porque mucha tela hay que cortar entre ese monolito de la lírica que es *El siglo de las luces* [1965] y un refrito, de otra obra maestra de la literatura brasileña, ampliada y derruida por los negocios editoriales, titulada *La guerra del fin del mundo* [1981]. Ya Borges había demostrado en varios de sus cuentos de los años cuarenta, y en especial en *Historia universal de la infamia*, cómo una cosa es la literatura y otra los artículos para las enciclopedias.

El paradigma de esta tendencia distorsiva fue, en Colombia, un esperpento sicoanalítico titulado *La ceniza del Libertador* [1987], del doctor [honoris causa] **Fernando Cruz Kronfly**, mecenas de prestigiosas firmas de la Casa Balcells a través de un premio de Proartes, que ha controlado desde su creación. Como muchas de sus otras —[*La calle 10* [1960], *La otra raya del tigre* [1977], *La tejedora de coronas* [1982], *Los pecados de Inés de Hinojosa* [1986], *La risa del cuervo* [1992], *La marca de España* [1997], *Rosario Tijeras* [1999], *El olvido que seremos* [2005] o *Ursúa* [2005]— hermanas de aventura, *La ceniza del*

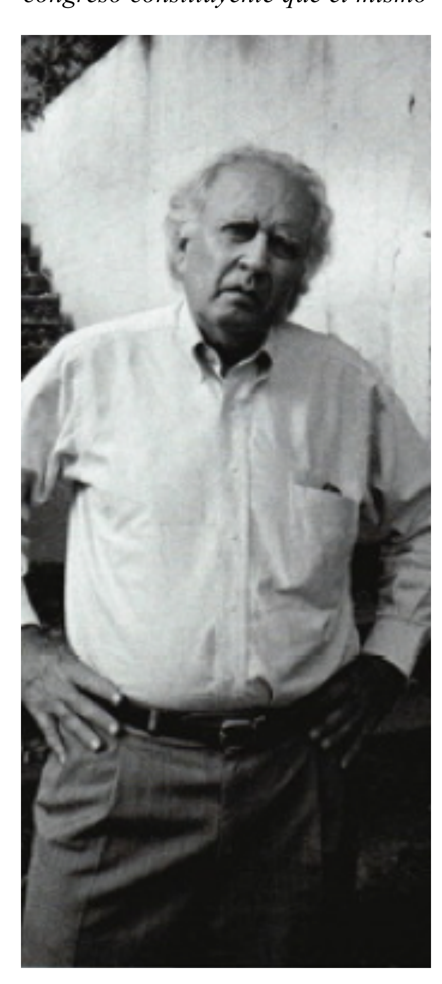
El periodista y narrador Óscar Collazos, durante una lectura pública de su primera novela en Catambuco, al sur de Colombia.

Libertador se niega a representar o inventar la realidad y prefiere retratarla, aprehenderla, manipularla con un lenguaje ruin:

"Y sin embargo de todas sus glorias pasadas debe enfrentar el destierro, la impugnación de la baba, la pavorosa nada de un hastío sin espacio y sin tiempo que lo empuja hacia un viaje que no es de huida de lo concreto sino simple hijo del desengaño. Su Excelencia ha decidido partir para siempre". (P. 10). "Su Excelencia va camino de la mar. Sólo desea la mar, el olvido que el hastío busca, el brillo del vidrio adentro, la casa en orden y el vómito" (La ceniza del Libertador, 1987, pág. 11)

Así teóricamente su autor sostenga que él sí se aleja de la historia y sucumbe a la poesía. Porque precisamente lo que no hay en este batiburrillo es poesía, como sí la hay en *El general en su laberinto*, cuya apariencia limita con la verdad y la historia, para "retratar" la soledad del poder, el amor y el absurdo de la gloria.

Se iba sin escolta, —dice GGM al comienzo de su obra maestra— *sin los dos perros fieles que a veces lo acompañaron hasta en los campos de batalla, sin ninguno de sus caballos épicos que ya habían sido vendidos al batallón de los húsares para aumentar los dineros del viaje. Se iba hasta el río cercano por sobre la colcha de hojas podridas de las alamedas interminables, protegido de los vientos helados de la sabana con el poncho de vicuña, las botas forradas por dentro de lana viva, y el gorro de seda verde que antes usaba sólo para dormir. Se sentaba largo rato a cavilar frente al puentecito de tablas sueltas, bajo la sombra de los sauces desconsolados, absorto en los rumbos del agua que alguna vez comparó con el destino de los hombres, en un símil retórico muy propio de su maestro de la juventud, don Simón Rodríguez. Uno de sus escoltas lo seguía sin dejarse ver, hasta que regresaba ensopado de rocío, y con un hilo de aliento que apenas si le alcanzaba para la escalinata del portal, macilento y atolondrado, pero con unos ojos de loco feliz. Se sentía tan bien en aquellos paseos de evasión, que los guardianes escondidos lo oían entre los árboles cantando canciones de soldados como en los años de sus glorias legendarias y sus derrotas homéricas. Quienes lo conocían mejor se preguntaban por la razón de su buen ánimo, si hasta la propia Manuela dudaba de que fuera confirmado una vez más para la presidencia de la república por un congreso constituyente que él mismo había calificado de admirable. El día de la elección, durante el paseo matinal, vio un lebrel sin dueño retozando entre los setos con las codornices. Le lanzó un silbido de rufián, y el animal se detuvo en seco, lo buscó con las orejas erguidas, y lo descubrió con la ruana casi a rastras y el gorro de pontífice florentino abandonado de la mano de Dios entre las nubes raudas y la llanura inmensa. Lo husmeó a fondo, mientras él le acariciaba la pelambre con la yema de los dedos pero luego se apartó de golpe, lo miró a los ojos con sus ojos de oro, emitió un gruñido de recelo y huyó espantado. Persiguiéndolo por un sendero desconocido, el general se encontró sin rumbo en un suburbio de callecitas embarradas y casas de adobe con tejados rojos, en cuyos patios se alzaba el vapor del ordeño… [El general en su laberinto, 1989]*



El novelista Fernando Cruz Kronfly, foto de Darío Henao.

III

Y fue con este acento que **Gustavo Álvarez Gardeazábal** [Tulua, 1945] tejió, a partir de los recuerdos de su infancia, la interminable cadena de crímenes y atrocidades que constituyen la primera de las notables novelas publicadas después de *Cien años de soledad*.

Cóndores no entierran todos los días (Barcelona, 1972)[5] narra la historia local de un asesino católico, que mediante un ascenso de vértigo controla vida y bienes, mientras instaura un pavor latifundista en varias leguas a la redonda, ganando autoridad con la ferocidad de sus actos.

La novedad de la ficción de GAG venía en su lenguaje, que parte sin duda de las frases, a veces irrespirables, de GGM y de una exageración chismosa, bien aprendida en casa y vecindarios del autor. El chisme, con su sospechosa conjetura de que será posible identificar y saber la "verdadera historia" de unos hechos, hizo que tuviese un éxito inmediato. Además Álvarez

Gardeazábal se atrevía a escarbar en un mito tabú, usando nombres propios, inventando otros, corriendo el riesgo de que descendientes del criminal o los hijos de sus víctimas tomaran a su vez retaliaciones violentas o legales, como eventualmente sucedió.

Cóndores no entierran todos los días

Mañana, cuando el reloj de San Bartolomé dé las diez y el padre Zúñiga, que además de reemplazar al padre Ocampo mandó quitar el parlante de la torre y suprimir el disco rayado de las campanas de San Pedro en Roma reciba en la puerta del atrio el cadáver de León María Lozano, Agripina, que vendrá detrás, acompañada en el negro por sus hijas, recordará los momentos finales de su marido cuando, enloquecido, extrañamente por el asma, llegó a su casa a buscar el fuelle de cuero que de instrumento necesario había quedado convertido en adorno de sala. Le empezó el ataque en el Soratama, cuando conversaba con Alfredo Rojas, que ahora era un acomodado comerciante de El Cairo. No le empezó como todos los que había tenido durante los años que vivió en Tuluá sino que fue algo así como la maluquera del infarto que el médico le había pronosticado si no bajaba los treinta y dos kilos que le sobraban. Alfredo Rojas lo ayudó a subir a un taxi, pero como él se negó a que lo acompañara, cuando llegó a la casa casi no puede bajar y si no es porque su Amapola llegaba en ese momento y le ayudó a entrar, León María seguramente que habría muerto allí, en el sillón del taxi, y no en la mitad de la calle donde finalmente cayó. Lo hicieron sentar en uno de los sillones de la sala y le dieron agua de toronjil. Después empezó el ahogo y él corrió desesperado a la repisa del fuelle. Amapola le ayudó a soplarse, pero el asma fue creciendo y el silbido llenó la casa. Hizo abrir puertas y ventanas y hasta prendieron un ventilador que prestaron en la casa vecina desde donde llamaron a un médico, azoradas, pero ni el ataque mermó ni el ahogo se disipó. Fue en ese momento cuando León María se levantó, desesperado, y teniéndose el pecho con las manos haciendo creer como si por allí fuera a reventar, salió a la calle. Agripina corrió tras de él, pero la figura de Simeón Torrente, parado en todo el frente de la puerta, la hizo frenar en seco. No lo veía desde el día que fue a llevarle los quesos envenenados y creyó que lo que había ante ella era un espanto porque ni color tenía el Simeón después de tantos años. León María quizás no lo distinguió porque cuando iba camino de él, Agripina oyó los disparos y vio retroceder trastabillando a su marido hasta que cayó finalmente en la mitad de la calle, cumpliéndose así lo que el lego de Palmira le había dicho el día que don Benito lo llevó por primera vez para tratar de curarle los ataques de asma. Amapola lo recogió, pero ya ni León María tenía vida, ni Simeón Torrente estaba por allí, aumentándole a Agripina la creencia de que había sido un espanto y no el hijo del Torrente que mataron Barragán en los primeros días de la violencia, el que había disparado sobre su marido. (Cóndores no entierran todos los días, 1972)



El político y hombre de letras Gustavo Álvarez Gardeazábal.



Primera edición de *Cóndores no entierran todos los días*, de Gustavo Álvarez Gardeazábal.

Álvarez Gardeazábal evitó, con este compás y perorata narrativas,



Única foto conocida del famoso criminal y político colombiano León María Lozano, conocido como *El Cóndor*, personaje de la novela *Cóndores no entierran todos los días*, de Gustavo Álvarez Gardeazábal.

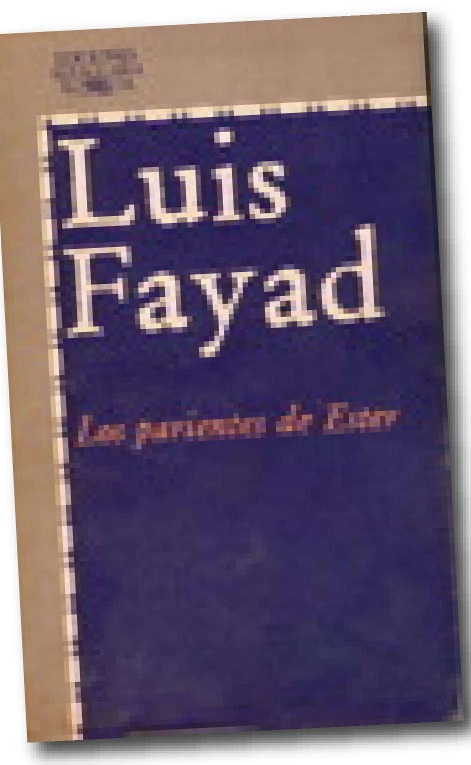
caer en el marasmo de interpretar o recrear la historia de un criminal que de hijo de un contador de los ferrocarriles, pasó, de vendedor de libros y quesos, a convertirse en una leyenda viva por el terror al que sometía una parroquia de desplazados, a medida que oraba en la misa de todos los días, repartiendo el alivio de su maldad entre los celos maritales y la entrepierna de su concubina. Una dualidad de planos narrativos donde el silencio de un pueblo se expresa en los chismes que van y vienen entre sollozos y los gritos de las viudas y los huérfanos. El Verfremdung brechtiano que produce en la novela un alejamiento de la mimesis, prodigando otra realidad, otro estado, que denota una postura ética ante la crueldad de la existencia y la historia.

IV

Los parientes de Ester [Madrid, 1978][6] de **Luis Fayad** [Bogotá, 1945], publicada diez años después de *Cien años de soledad*, fue la primera de las novelas colombianas que logró evitar ser un retintín de los efectos estilísticos de GGM, rescatando las sintaxis y acentuaciones prosódicas de las novelas de **J. A. Osorio Lizarazo**, el amigo de **Jorge Eliecer Gaitán**, el amanuense de **Juan Domingo Perón** y **Rafael Leónidas Trujillo**, víctima, sin duda, del fracaso y caída del partido liberal tras los gobiernos de **Lopez Pumarejo**.

Como en aquellas primeras novelas urbanas, Fayad retratará el transcurrir de la existencia en el centro de la capital colombiana a través de las tensiones, miserias, ignorancia y desolación de sus personajes, eludiendo mezclarles, como sí hace el modelo, con los conflictos económicos y sociales que vive el país, produciendo otro alejamiento que resulta pura lírica.

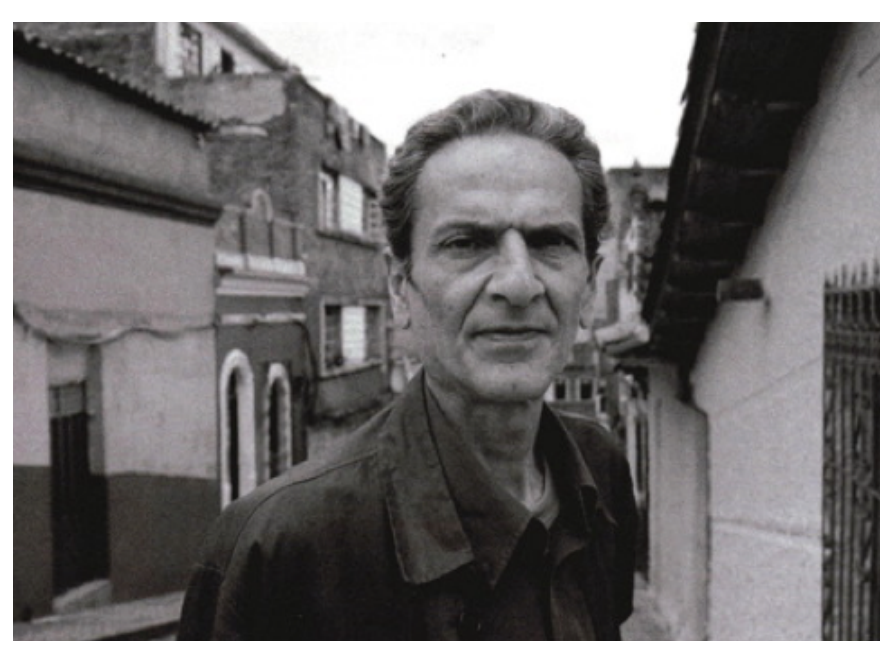
El pequeño cosmos donde circulan los personajes de Fayad es el mismo que vivieron **Aurelio Arturo, GGM, Miguel Ángel Osorio, Luis Tejada, Arnoldo Palacios, Manuel Zapata Olivella, Carlos Arturo Truque, Bernardo Arias Trujillo, Osorio Lizarazo** o **Carlos H. Pareja**, un mundo donde la poesía, tan apreciada a comienzos de siglo, no servía mas para llegar a la presidencia pero estaba en todas partes, porque se vivía bajo su sombra y se nutría de sus pasiones. Unos conventillos donde la más alta nota la daban los rancios bogotanos, que no se parecían sino a sí mismos, con sus rostros encendidos por los licores de malta y el aire fresco de la sabana que recibían sobre la grama de sus haciendas y clubes sociales, vestidos con tenues colores que olían a picadura, o exhalaban un castaño, gris perla, vino tinto o amarillo de morriñas dignas de los bucles dorados y los ternos sastres de enormes hombreras de mujer que ingresaban a los salones de baile del Hotel Granada o La reina, donde las pasiones y las infidelidades se cocían en las voces de **Agustín Lara** y **Elvira de los Ríos**. Todo lo que iba a desaparecer entre la mugre y el asco del infierno social de los primeros gobiernos del Frente Nacional.



***Los parientes de Ester*, de Luis Fayad.**

Gregorio Camero, el personaje central de la novela de Fayad, es un ensimismado que deja que la rutina de empleado público se le vaya llevando día a día lo poco de vida que le queda. Un hombre acosado por la miseria de este mundo, y las miserias de los otros, que no existirían si no hacen difícil y cruel el destino de nosotros. Gregorio Camero sólo tiene en los sueños un país de alivio. Allí habita su sueño de salir de la pobreza ya sea mediante la instalación de un pequeño negocio, o llegando a la edad de la jubilación o dándose el gusto de una inútil venganza.

La anécdota de *Los parientes de Ester* está estrictamente ceñida a su prosa. La vida en el centro de la vieja capital colombiana toma cuerpo a medida que Fayad desarrolla una prosa di-



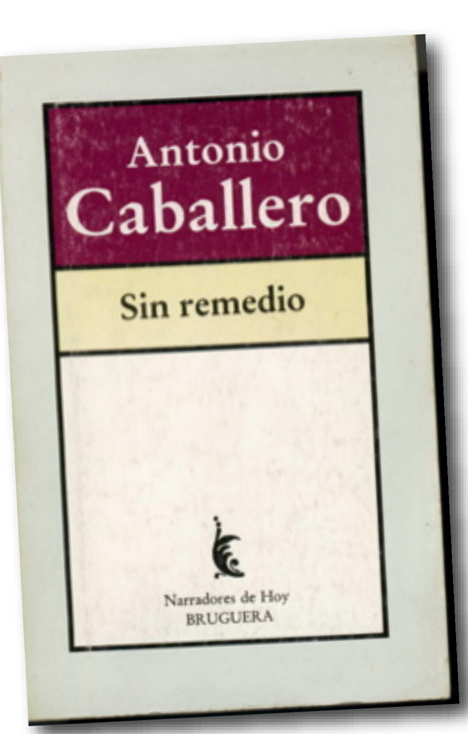
El novelista Luis Fayad en una foto de J.M. Múnera.

recta, vacunada contra los circunloquios y los laberintos de estilo, concediendo lo mínimo posible al facilismo o la truculencia, ofreciendo al lector frases cargadas de sentido y humor, así éste sea en no pocas ocasiones amargo. Una prosa bien aprendida en el cine de los años en que Gregorio Camero recorre las calles, las plazas, los cafés, los bares de mala muerte de una ciudad que desaparece entre la deslumbrante corrupción de los gobiernos del Frente Nacional, cuando todo, en Colombia, empezó a desaparecer.[7]

En *Los parientes de Ester*[7] quien narra renuncia a ser un cronista omnisciente, y descendiendo del Olimpo, acompaña a sus personajes por la vida misma, siguiéndoles en sus vicisitudes y desgracias, haciendo de los protagonistas el lector, con sus miserias, hambres, imposibles sueños, odios, carencias, humillaciones, maquinaciones, mezquindad, maledicencia y arribismo.

V

Y del centro de Bogotá a Chapinero, a medio camino hacia los barrios de la burguesía, *Sin remedio* [Madrid, 1983][8], de **Antonio Caballero Holguín**, narra los últimos días de la vida de Ignacio Escobar Urdaneta de Brigard, un poeta, que como José Fernández, en *De sobremesa de Silva*, no soporta la mediocridad del medio y termina siendo devorado. Escobar sufre del mal de los intelectuales del siglo de las revoluciones: una suerte de *spleen* o desánimo, inconexo y fantasmal que le impide relacionarse con el mundo de los otros, la cargante realidad del día a día, padeciendo una discontinua y vana lucidez sicotrópica que abandona a todos los que pudieron amar y comprenderle, porque su narcisismo sólo concibe la gloria en el arte, en la construcción del poema, estatua de la posteridad.



***Sin remedio*, de Antonio Caballero.**

Escobar es el arquetipo de unos individuos que, atrapados en las doctrinas del Frente Nacional, empujaron a vastos sectores de la inteligencia en brazos de unas sectas donde sólo encontraron hembras, machos y desolación como compensación al rechazo de los ritos de sus familias burguesas y la impotencia que agravaba sus neurosis. Como sus compañeros de viaje, es un escéptico que no puede compartir unos valores que no siente suyos, ni puede, ni quiere, romper con las *commodities* que le deparan ser un rico protegido por una clase simbiótica y posesiva que sobrevive "en las fechas precisas de sus muertes, en los precios exactos de sus tierras".

Teórico de la poesía, sus intereses son de carácter sedicioso, si aceptamos que confía en el Tao y las postulaciones oraculares del I Ching, pues el arte sería consecuencia de los avatares de la existencia, como sugiere **Titus Lucretios Carus** en su epicúreo *De rerum natura*, al invitar, como **Buda**, a desatender los deseos y las pasiones pues son pozo de las desdichas individuales y colectivas para librarnos del miedo a la muerte, sacando en limpio el destino, huyendo para encontrarnos, pues al estar vivos, nuestro mal, es sin remedio, como habría dicho **Juan de la Cruz** a **Teresa de Jesús**:

Porque se pierde siempre

porque siempre
vendrá la muerte, iremos a la muerte…



Portada de la revista *Semana* dedicada al periodista y novelista Antonio Caballero Holguín.

La literatura es así, para Escobar, divertimiento y formalismo, aun cuando en el extenso poema que le da gloria discuta si la poesía debe servir para algo o alguien distinto a sí misma; si debe ser gratuita o mercenaria; si debe hacer prácticas cívicas o militares o ser mero adorno, bisutería de la vida cotidiana. Poblándose de tantos acontecimientos como para que el poema acabe siendo "comprendido" de tantas maneras como actores e intérpretes tiene antes y luego de la muerte del hacedor.

Cuaderno de hacer cuentas resulta uno de los grandes textos de la poesía llamada colombiana. Confeccionado a partir de la tesis de **Arthur Schopenhauer**: "No se conoce sino la propia voluntad, toda vida es esencialmente sufrimiento", Escobar lo concibe como un poema de compromiso y cree haberlo concluido como un lamento filosófico; pero es tan polisémico que quienes le escucharon declamarlo en la Avenida 19 lo interpretaron como una opinión sobre la situación electoral de entonces, mientras el coronel Aureliano Buendía, por la televisión, la noche que anuncia la liquidación del terrorista Escobar lo presenta como un documento subversivo, en verso, cuyas claves son consignas para una insurrección armada contra el gobierno de **Misael Pastrana Borrero**.

Las cosas son iguales a las cosas.
Aquello que no puede ser dicho, debe ser callado.

Novela política[9] sobre la existencia individual y la poesía, su lirismo es resultado de la fingida vulgaridad del lenguaje del narrador y sus personajes.

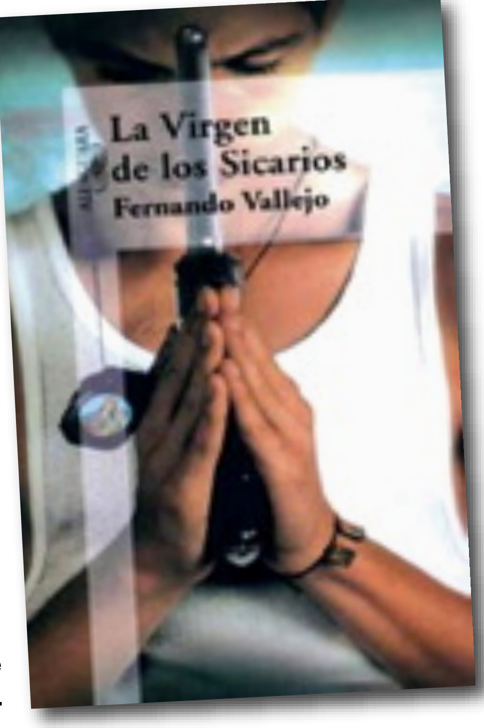
VI

En 1984 se publicó en México, en una edición privada, luego del rechazo de varias editoriales colombianas, *Barba Jacob, el mensajero*, de **Fernando Vallejo**, una de las pocas y mayores biografías de poetas que se haya escrito en español. Su autor, un desconocido narrador exiliado en aquel país centroamericano, divulgaría después varias novelas autobiográficas ignoradas por la crítica. Con la publicación, una década más tarde, de *La virgen de los sicarios* [Bogotá, 1994][10], alcanzaría la efímera gloria del mundo editorial de hoy y un nicho entre los textos poéticos más notables de nuestro tiempo.

Barba Jacob, el mensajero es un monumento literario no sólo por la exhaustiva investigación que precedió su redacción, sino por ser un idílico acercamiento a los hechos y sicología de una de las más despreciables personalidades de una nación donde por casi un siglo fue su lírico más admirado y vituperado, en especial por vastos sectores de rebeldes que encontraban en *La canción de la vida profunda*, su poema esencial, el paradigma de su existencia.

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles,
como las leves briznas al viento y al azar.
Tal vez bajo otro cielo la Gloria nos sonría.
La vida es clara, undívaga y abierta como un mar.

Y hay días en que somos tan fértiles, tan fértiles,
como en abril el campo, que tiembla de pasión:
bajo el influjo próvido de espirituales lluvias,
el alma está brotando florestas de ilusión.



***La virgen de los sicarios*, de Fernando Vallejo.**

Y hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos,
como la entraña obscura de oscuro pedernal:
la noche nos sorprende, con sus profusas lámparas,
en rútilas monedas tasando el Bien y el Mal.

Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos...
(¡Niñez en el crepúsculo! ¡Lagunas de zafir!)
que un verso, un trino, un monte, un pájaro que cruza,
y hasta las propias penas nos hacen sonreír.

Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,
que nos depara en vano su carne la mujer:
tras de ceñir un talle y acariciar un seno,
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer.

Y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres,
como en las noches lúgubres el llanto del pinar.
El alma gime entonces bajo el dolor del mundo,
y acaso ni Dios mismo nos puede consolar.
Mas hay también ¡Oh Tierra! un día... un día... un día...
en que levamos anclas para jamás volver...
Un día en que discurren vientos ineluctables
¡un día en que ya nadie nos puede retener!

Vicios, bohemia, rebeldía, alcoholismo, homosexualidad, soberbia, bellaquerías e ingenio verbal hicieron de **Miguel Ángel Osorio**, el incomprendido por excelencia de la lírica nacional. Pero tras la lectura del libro de Vallejo, sabemos que fue un desgraciado que a costa de su salud y por causa de su pobreza y fealdad hizo del arte la deidad que salvaría su memoria del mismo fango y podredumbre donde amanecía cada día. Pederasta, sifilítico, marihuanero, amanuense de dictadores, impotente, poseedor de un inmenso falo inútil, Barba fue, para los liberales colombianos de mediados de siglo, el hombre rebelde y fracasado, el colombiano a quien humilló la ruina de la Republica Liberal y el modelo del bribón que surgiría, durante el Frente Nacional, guerrillero, paramilitar o parlamentario, es decir, el narcotraficante que ha sumido a Colombia en su barbarie y desgracia.



El novelista Fernando Vallejo, en su casa de México DF dictando una conferencia a sus dos perras.

No se han equivocado los críticos que sostienen cómo en *Barba Jacob, el mensajero* también están trazadas las líneas del destino como artista del propio Vallejo. El paradigma de su enigmática existencia como hijo de una clase y una historia despreciable que no desea abandonar y le ha deparado la gloria y la oportunidad de vengar sus vidas pasadas. Pero sustancialmente, el taller que labró la voz que habrá de perpetuarle, ese ritmo narrativo aparentemente caótico y anárquico, con un tejido de secuencias donde el ayer rescatado se torna en presente perdido, como si fuese una secuencia cinematográfica del neorrealismo, evocando mundos disolutos y relegados, vivos hoy merced al artilugio de la poesía, la única que da vida para siempre.

Si en *Barba Jacob, el mensajero*, Miguel Ángel Osorio regresa veinte años después, para recorrer la patria [Bogotá de ladrones, Colombia de asesinos] que odia y anhela, le admira y desprecia en compañía de un apuesto joven que sería su último amante, librando la vida en hoteles y burdeles del bajo mundo, en *La virgen de los sicarios*, Fernando [Vallejo], vuelve a la ciudad de su juventud y ante los violentos cambios de que es testigo, para conjurar sus demonios se entrega a un amor sin esperanza en un extravagante recorrido por los santos lugares, mediante un monólogo incandescente que erige, crimen tras crimen, el poema de la venganza del destino, complaciendo a unos asesinos [Ángel Exterminador, Laguna Azul], que ce-



El novelista Fernando Vallejo, foto de J.M. Múnera.

lebran la vida inmolándose jóvenes, muriendo bellos y con ilusiones.

Ensayo, diario, confesión, plagio, libelo, ficción, *La virgen de los sicarios*[11] ofrece varias de las lecturas y representaciones de la horrenda realidad que producen unos alegatos contra las instituciones religiosas, políticas, culturales y sociales de nuestro tiempo, a la manera como ya lo han hecho **Vargas Vila, Genet, Fernando Gonzalez, Bloy** o **Céline**. Vallejo sabe que el hombre es la misma mierda en todas partes; Dios, un monstruo cobarde; Cristo, el creador del desorden del mundo; el Papa el diablo, etc., porque en parte alguna hay inocentes y como Golem que es, el hombre mata por orden del altísimo, su modelo, dejando a quienes sobreviven entre ese cortejo que deambula en las penumbras de las numerosas iglesias, [católicas, budistas, védicas, musulmanas], fétidas de toxicómanos, contrahechos, menesterosos, retratando la vida auténtica, la desdicha misma. *Voyeur* y *flâneur*, el poeta [Porfirio Barba Jacob] encarnado ahora en [Fernando Vallejo], el último gramático, ejecuta un ajuste de cuentas con la historia de su patria [la lengua] increpando una letanía que es la diatriba definitiva y exorcismo del destino individual. El viejo académico y los jóvenes asesinos son la misma personæ, la vida da lo mismo, sólo la búsqueda del poder y su alivio, el amor, mueve el mundo. La vida, un viaje a la desolación, un mirar y buscar inútil, único éxodo hacia la muerte.

> Vallejo sabe que el hombre es la misma mierda en todas partes; Dios, un monstruo cobarde; Cristo, el creador del desorden del mundo; el Papa el diablo, etc., porque en alguna parte hay inocentes

VII

Cuando **Miguel Torres** nació [Bogotá, 1942] era un mundo de guetos seudo ingleses: Parque Nacional, La Magdalena, La Cabrera, Chic-O y la inmensa hacienda Pepe Sierra, de casas sitiadas por jardines con altos árboles que habían sustituido las vetustas mansiones coloniales de Santa Bárbara y La Candelaria.

Todo ello iba a desaparecer para siempre. Porque la voz de la cólera lo había anunciado en el Teatro Municipal; las sirvientas respondían cada vez más alto y los chóferes no respetaban a nadie. “Mujer, si puedes tú con Dios hablar…” era ahora “soñadora, coqueta y ardiente”; el hijo del ex presidente se enriquecía a costa de las desgracias de una guerra lejana, y la palabra de los viernes retumbaba en Las Cruces, la Calle 10, la Carrera Octava, los cafés, los tranvías, la Plaza de Bolívar, la Calle Real y en la Avenida Jiménez los señores sentían el látigo del odio en las miradas y las voces de loteros y limpiabotas.

El 9 de abril de 1948 aquel mundo de bataholas y deleite ardió como Londres en *La batalla de Inglaterra*. Por todas partes cientos de miles de hombres, mujeres y niños descendieron hasta el corazón de Colombia para vengar la muerte de su líder rompiendo los inmensos espejos de los grandes hoteles, las rutilantes arañas de las lámparas, las cortinas de raso y las cajas de champán y llevar esos despojos hasta sus pobres casas y barrios periféricos. Con las banderas rojas y los machetes en alto todo cayó a su paso, todo fue saqueado, todo quedó oliendo a hierro y aguardiente, a piedra quemada mientras cientos de cadáveres se enfriaban de la vida bajo la persistente lluvia de la desdicha.

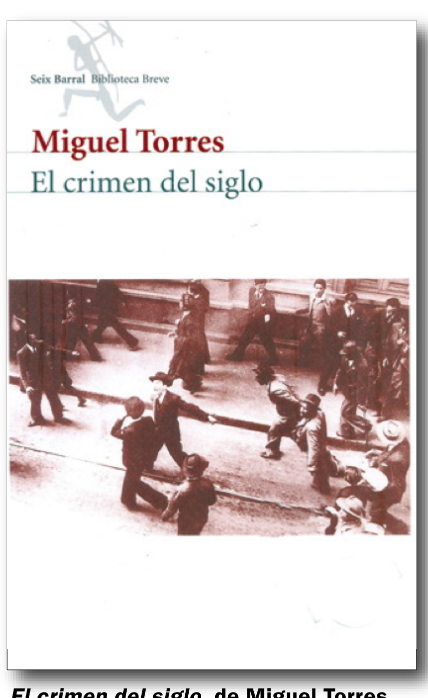
“Uno podía pasar muchas horas frente a la ventana en espera de que algo ocurriera pero nada era distinto a

la lluvia. Pasados diez, veinte años –escribió García Márquez—el espectáculo podía seguir siendo el mismo.”

Porque ese viernes, un hombre capturado en el lugar de los hechos, él mismo que se introdujo en la droguería Granada, sacado luego en rastras por la carrera séptima hasta hacerlo el cadáver abandonado por dos días frente al Palacio de la Carrera, cuyo levantamiento hizo el juez primero central a las dos y cincuenta de la tarde, dueño de la cédula 2.750.300 de Bogotá y que permanece sepulto en la fosa número 28 del Cementerio Central, **Juan Roa Sierra** había aparentemente dado muerte a **Jorge Eliecer Gaitán**, un demagogo que no era sólo un hombre sino un pueblo.

Según todas las conjeturas, JRS nació en el barrio Egipto, a media cuadra de la casita donde nació el caudillo. La familia era gaitanista, incluso él mismo habría participado de su lado en las elecciones de 1946. Admiración que se habría roto luego que el propio **Gaitán** le negara alguna ayuda en su propia oficina de la Carrera Séptima. Roa era un joven albañil de 26 años, desempleado, medio holgazán y reservado, el menor de 14 hijos de Encarnación y Rafael, fallecido por causa de una enfermedad respiratoria. Para entonces vivía con su madre en una casita del barrio Ricaurte, ocho de sus hermanos habían muerto y otro estaba recluido en Sibaté, loco, como parece estaba Roa Sierra pues solía consultar a un astrólogo alemán que le había iniciado en el Rosacrucismo, se creía la encarnación del general **Santander**, el acérrimo enemigo de El Libertador, y otras veces, el conquistador español **Jiménez de Quesada**.

Otras versiones indican que Juan Roa Sierra habría sido sobrino de un oficial del ejército de apellido **Galarza Osa**, asesinado por el teniente **Cortés**, a quien Gaitán habría defendido y librado de prisión la misma mañana de su asesinato. A lo cual agregan que Roa era hijo del padre de Gaitán y que el tribuno cortejaba la novia del asesino. En su biografía, Gabriel García Márquez dice que **Encarnación Roa** se había enterado por radio del magnicidio y estaba tiñendo de negro su mejor traje para guardar luto, cuando se enteró de que el asesino era su hijo. Cosa que nunca creyó. La historia y algunas obras de arte se han ocupado de la víctima, pero escasamente del victimario. *El crimen del siglo* [Bogotá, 2006][12], la novela de Miguel Torres, reconstruye, desde la imaginación, la representación de un ser inexistente para la realidad de sí mismo y para la Historia. Usando de un artilugio caro a la tragedia griega, mediante el cual el anuncio del drama delata su desarrollo, Torres advierte al lector que el destino de Roa-Gaitán es un hecho anunciado y consumado. Él apenas será el amanuense que recorra los hechos y coloque los mojones para que demos fin a esa partida de ajedrez que nos ofrece. El crimen del siglo no será la muerte de Jorge Eliecer Gaitán, sino la tragedia de Juan Roa Sierra[13], la consumación de su destino como nadie, como el otro que a nadie importa, Juan Lanas o Juan Pueblo. Porque mientras JEG agoniza, JRS “siente **—dice Kevin Alexis García—** una hidra de mil cabezas golpeando su cuerpo, un crujir de huesos entre sus oídos, un sabor de latón en la boca, unos extremidades que lo sujetan por las manos, la cabeza y las piernas, mientras los edificios se doblan y el mundo comienza a dar vueltas a su alrededor, entre rostros furiosos, miradas feroces y encarnizadas,



***El crimen del siglo*, de Miguel Torres.**



El dramaturgo y novelista bogotano Miguel Torres, foto de Carlos Duque.

escuchando el grito de asesino entre sus tímpanos reventados, condenado por acabar con las ilusiones de un pueblo, acostumbrado a cifrar su redención en mártires caídos", Colombia, un país arrastrado por los Idus de Abril desde 1948.

VIII

¿Cómo entender que en casi medio siglo, desde la publicación de *Cien años de soledad*, sólo cinco obras puedan ser consideradas memorables, en una región de la lengua donde parece que se han puesto en circulación y venta más de medio centenar de ellas, incluso, acompañadas de éxito de ventas y convertidas unas cuantas en series de televisión o llevadas al cine?

En Colombia, el siglo XX habría terminado con la creación del Frente Nacional, el invento político de **Alberto Lleras Camargo** para continuar ejerciendo un poder, en nombre de la democracia, que había venido profesando desde el primer gobierno de **Alfonso López Pumarejo**, cuando solapadamente abortó todas las posibilidades de avance y cambio en un país que seguía viviendo, al final de la I Guerra Mundial, en la Edad Media. "Tíbet de Suramérica" se le llamaría más tarde.

Terminada la Guerra de los Mil Días el país vivió, hasta la caída del partido liberal de la mano de Alberto Lleras Camargo, una relativa prosperidad que vino a resquebrajarse bajo los gobiernos de **Mariano Ospina Pérez** y **Laureano Gómez**. Y aun cuando los gobiernos militares, los caudillos y el populismo no hayan prosperado aquí como en otras naciones y el analfabetismo haya decrecido del 58 a comienzos del siglo pasado a un 7 por ciento de hoy cuando la página mejor leída del principal diario nacional es la de ortografía, nadie influyó más con su ideología y poder que ese aparente demócrata, que hizo de Colombia una nación corrupta y criminal.

En ambos gobiernos —escribió con implacable clarividencia Gabriel García Márquez siete años después de su muerte— cumplió Alberto Lleras su destino ineludible de componedor de entuertos, y en ambos [a Mariano Ospina Pérez y A Guillermo León Valencia] con el desenlace incómodo de entregar el poder al partido contrario. En ambos fue lúcido, sobrio y distante, y conciliador de buenos modos, pero de mano dura cuando le pareció eficaz. Lo que no se le pudo pasar siquiera por la mente es que la perversión de su fórmula maestra del Frente Nacional sería el origen de la despolitización del país, la dispersión de los partidos, la disolución moral, la corrupción estatal, en medio de la rebatiña de un botín compartido por una clase política desaforada. Es decir: el cataclismo ético que en este año de espantos de 1997 está desbaratando a la nación.



El presidente Alberto Lleras Camargo, creador del Frente Nacional que gobernó Colombia durante más de un cuarto del siglo XX.

Fue, en la apariencia, un humilde periodista que llegó por azares del destino a controlar la historia de su país por más de medio siglo, pero en lo más hondo de su verdad histórica, el ideólogo y ejecutor de la peor catástrofe vivida por nación suramericana alguna desde el aciago día que **Simón Bolívar** abandonó Santa Fe en las manos de **Francisco de Paula Santander**, el digno paradigma de Lleras Camargo. Porque, como a **Plutarco Elías Calle** y **Lázaro Cárdenas**, importaba más la gloria que el futuro de sus repúblicas. Y para ello era necesario dar vida eterna a los partidos que les habían llevado al poder.

Caí en cuenta, escribió Lucas Caballero Calderón, que la mayor preocupación de ALLC fue que no se cayera el Partido Liberal y en la defensa obstinada de esa tesis oportunista e inmoral está la clave de todos sus claroscuros y claudicaciones. Lo que importa no es que la sal se corrompa sino que el rebaño se acostumbre a ella. Por eso calló en la segunda administración de López Pumarejo, por eso fue alcahueta de los negocios familiares del segundo, cuando la indignación nacional amenazaba dar en tierra con el Mandato Claro de López Michelsen. Pero hubo una excepción. En 1946, cuando para evitar que un liberal de su generación llegara al poder antes que él, privó su vanidad y se olvidó del partido.

Fue entonces, cuando poniendo en práctica algunas de sus creencias contra la literatura y en especial contra la poesía, cuando los ministros de educación abolieron la lírica y la historia patria de sus exigencias curriculares[14]. El gran intérprete sería su ministro **Jaime Posada Díaz**, promotor del Plan Atcon, actual presidente de la Real Academia Colombiana de la Lengua, rodeado de literatos de la talla de **Piedad Bonnet, Carlos José Reyes, Darío Jaramillo Agu-**

[redacted]



El poeta, novelista y gerente cultural del Banco de la República Darío Jaramillo Agudelo, uno de los más celebrados escritores colombianos de los últimos tiempos.

delo, Rogelio Echavarría, Ignacio Chaves, Maruja Viera, etc. Durante el primer gobierno del Frente Nacional comenzaron a desaparecer los textos de enseñanza de la literatura y la lengua donde la médula era el texto mismo. Como **Rafael Uribe Uribe** [véase *Liberalismo y poesía*, en Zona, Bogotá, Abril 9, 1986], Lleras Camargo y su ministro creían que la poesía era una de las causales de la violencia y la ausencia de progreso.

Porque en Colombia sí había sucedido una rebelión juvenil, pero no de la mano de las nuevas fuerzas sociales, los partidos proscritos o los campesinos desplazados y sus cientos de miles de muertos. El establecimiento, para mayo de 1968, hacía ya una década promovía, mientras bombardeaba los campos, incrementaba la burocracia, aceitaba la corrupción de jueces y gobernantes, ignoraba la tortura y el asesinato de los activistas del guerrerismo castrista y maoísta, una secta llamada El Nadaísmo, que no sólo había suplantado el protagonismo de los radicales del MRL y Mito, sino que era la más viva expresión y anuncio de lo que estaba naciendo: el basilisco del narcotráfico.

> En Colombia sí había sucedido una rebelión juvenil, pero no de la mano de las nuevas fuerzas sociales o los campesinos desplazados

"Solidarios con Fidel Castro en el caso Padilla —ha escrito JG Cobo Borda— los nadaístas vieron cómo su propósito de oxigenar el ámbito cultural contrastaba con el papel ciertamente anacrónico que el poeta continuaba desempeñando en medio de un país que se expandía en forma desordenada, y crecía desquiciando de paso todas sus estructuras a una velocidad mucho mayor que aquella con la cual el ingenio del grupo, en tantos casos convertido en simple bufonería, intentaba encarnarla. Camilo Torres moría en la guerrilla, que actualizaba sus métodos de lucha secuestrando el cuerpo diplomático o bombardeando el palacio presidencial. Ningún nadaísta, bajo los efectos de las drogas que convirtieron en parte de su arsenal subversivo, pudo haber previsto semejante delirio. La moral se relajó, liberalizándose; cuatro o cinco grandes compañías financieras concentraron el capital disponible y la marihuana dejó de ser un fruto prohibido para convertirse en la mayor fuente de divisas. Después de su caída la cocaína continúa manteniendo una economía subterránea paralela a la oficial y en muchos casos más rica..."

En 1968, cuando todo cambiaba en el mundo y en Colombia el gobierno de **Carlos Lleras Restrepo** consumaba la destrucción de la vieja universidad liberal y la educación laica, como dos astros solitarios en el firmamento de la lengua aparecieron *Cien años de soledad* y *Los poemas de la ofensa*, la más bella demostración de que ninguno de los enemigos del hombre, en estas tierras, había podido vencer el arte de la literatura y su máxima expresión: la poesía.

Un regreso por las tradiciones de la lengua, tratando de salvar del naufragio el arte viejo de escribir bien, son

sin duda las obras que he comentado, con tonos que parecieran borrar el cinismo y las ironías de la banda nadaísta. Libros entramados con unos lenguajes nada enfáticos, surgidos de las lecturas de los maestros de la propia lengua, o de las aficiones a tonos y voces de otros ámbitos lingüísticos frecuentados ya sin las rémoras de la traducción literal, buscando siempre lo que ocultan las evidencias del sentido, rompiendo así con los facilismos de las ideologías y consignas de la moda, sin dejar de documentar un mundo que retrató con su deslumbrante inteligencia **Jorge Gaitán Durán** en *La revolución invisible de 1959*:

«No podría esperarse otra cosa de un ambiente en donde para hacer carrera hay necesidad de cumplir inexorablemente ciertos requisitos de servilismo, adulación e hipocresía y donde ingenuamente las gentes confunden estos trámites, esta ascensión exacta y previsible, con la política. Sin duda el fenómeno del arribismo se produce en todas partes y no sólo en el ajetreo electoral, sino también en la vida económica y en la vida cultural, pero aquí ha tomado en los últimos tiempos características exacerbadas y mórbidas, cuyo estudio sería interesante y tendría quizás que empezar por la influencia que la aguda crisis de estructura del país y consiguientemente de los partidos políticos ejerce sobre el trato social, sobre la comunicación en la existencia cotidiana. Resulta significativa la frase que un político de las nuevas generaciones usa a menudo: Voy a cometer mi acto diario de abyección, fórmula que exhibe la decisión en otros casos furtivamente de obtener a todo trance un puesto de ministro, de parlamentario, de orientador de la opinión pública, en fin, de ser alguien, de parecer. Su humor es una coartada; intenta cubrir el desarrollo ético con el confort ambiguo y efímero del lenguaje. Se trata de un sorelismo ciego y satisfecho, cuyos objetivos dependen de algún destino ajeno e imperial. El oportunismo de Julián Sorel es lúcido, torturado, solitario y más eficaz a la larga. En nuestra América el héroe empeñoso de Rojo y Negro hubiera llegado a ser presidente de la república». ■



Incendio de un tranvía el 9 de abril de 1948 en la capital colombiana después del asesinato de Jorge Eliecer Gaitán.

[1] **Según las estadísticas de la industria editorial, en 1975 se publicaron 1.304 títulos, en 1980, 4.176 y en 1985, 7.670, de los cuales, unos 1.200 eran de literatura. Según las Lecturas Dominicales de El Tiempo del 21 de abril de 1991, de cien niños colombianos, 16 no recibían educación alguna. En el número siguiente un afamado crítico literario de la televisión hoy olvidado, Ciro Roldán Jaramillo, sostenía que sólo el 0,6% del ingreso familiar se invertía en libros y revistas, agregando que de las supuestas 1.300 bibliotecas públicas de entonces, apenas un 20% de ellas merecían el nombre. Un año más tarde, el 8 de marzo de 1992, en la misma revista, María Mercedes Carranza dijo que de las 207 bibliotecas que tenía Bogotá, el 70% de ellas tenía menos de 5.000 libros.**
En 2000, la Cámara Colombiana del Libro publica "El mundo editorial colombiano en cifras", con cifras a 1999 como Consumo de libros en Colombia: $614.271 millones. Empleos generados por el sector del libro: 17.579. Títulos editados de primeras ediciones y reediciones en Colombia: 8.927. Exportaciones conjuntas del sector U$91,8 millones. Importaciones: U$56,7 millones, Pagos por derechos de autor: $14.109 millones.
Con relación a la producción registrada en la base de datos del ISBN de la Cámara del Libro, durante el año 2000 la producción editorial creció en 21,99% respecto del año anterior; el número total de nuevos títulos fue de 6.978, de los cuales el 92,70% corresponde a primeras ediciones, el 4,5% a segundas ediciones y el 2,8% restante a ediciones superiores a la tercera. La producción de ejemplares aumentó en 4,4%.
Según la revista Cambio de abril 12 de 2004, los ases de la industria editorial colombiana eran a la fecha la Editorial Norma, con 13 oficinas en América Latina y los Estados Unidos; Legis con operaciones en seis países; Voluntad con cincuenta años en el mercado de libros de texto; Planeta, con su filial Seix Barral, pionera en la difusión de novelistas como Mario Mendoza, Jorge Franco y Santiago Gamboa y Santillana, con su filial Alfaguara con autores como Fernando Vallejo, William Ospina y Héctor Abad Faciolince, cuyo libro

sobre su familia y el asesinato de su padre se regalaba, por parte de la industria de la construcción colombiana, por cada nuevo apartamento y casa que se vendía de contado.

[2] Algunas de ellas son:
¡Que viva la música! (1977) de Andrés Caicedo.
Aire de tango (1973) de Manuel Mejía Vallejo
Comandante Paraíso (2002) de Gustavo Álvarez Gardeazábal.
Dabeiba (1972) de Gustavo Álvarez Gardeazábal.
Débora Kruel (1990) de Ramón Illán Bacca.
Dos veces Alicia (1972) de Albalucía Ángel.
El bazar de los idiotas (1974) de Gustavo Álvarez Gardeazábal.
El divino (1986) de Gustavo Álvarez Gardeazábal.
El viaje triunfal (2001) de Eduardo Garcia Aguilar.
Érase una vez el amor pero tuve que matarlo (2003) de Efraín Medina Reyes.
Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón (1975) de Albalucía Ángel.
Fugas (1990) de Óscar Collazos.
Ganzúa (1987) de Luis Fernando Macías.
Hijos de la nieve (2000) de José Libardo Porras.
Historia del rey de Honka-Monka (1995) de Tomás González.
Juego de damas (1977) de R. H. Moreno Durán.
La ciudad de todos los adioses (2001) de César Alzate.
La isla de la pasión (1989) de Laura Restrepo.
La tara del papa (1971) de Gustavo Álvarez Gardeazábal.
La tejedora de coronas (1982) de Germán Espinosa.
La ternura que tengo para vos (1996) de Darío Ruiz Gómez.
Las muertes ajenas (1979) de Manuel Mejía Vallejo.
Los almuerzos (2001) de Evelio Rosero Diago.
Los pañamanes (1979) de Fanny Buitrago.
Maracas en la Ópera (1996) de Ramón Illán Bacca.
Perder es cuestión de método (1997) de Santiago Gamboa.
Quítate de la vía Perico (2001) de Umberto Valderde.
Rosario Tijeras (1999) de Jorge Franco.
Sangre ajena (2000) de Arturo Alape.
Satanás (2002) de Mario Mendoza.
Una lección de abismo (1991) de Ricardo Cano Gaviria.

[3] [Álvaro Miranda, Álvaro Mutis, Andrés Hoyos, Arturo Alape, Darío Jaramillo, Darío Ruiz, Eduardo García, Enrique Serrano, Fanny Buitrago, Fernando Cruz, Fernando Soto,



Portada de la revista *Cambio* de Colombia dedicada a los nuevos novelistas de esa república.

Germán Castro Caicedo, Germán Espinosa, Héctor Abad Faciolince, Hugo Chaparro, Jorge Franco, José Evelio Rosero, Juan Carlos Botero, Juan Diego Mejía, Mario Mendoza, Laura Restrepo, Octavio Escobar, Óscar Collazos, Piedad Bonet, R.H. Moreno Durán, Roberto Burgos, Santiago Gamboa o William Ospina].

[4] [Ángel Cuadra, Antonio Benítez Rojo, Antonio José Ponte, Armando Álvarez Bravo, Armando Valladares, Belkis Cuza Malé, Carlos Alberto Montaner, Carlos Franqui, César Leante, Daína Chaviano, Eliseo Alberto, Enrique Labrador Ruiz, Eugenio Florit, Gastón Baquero, Guillermo Cabrera Infante, Heberto Padilla, Isel Rivero, Jesús Díaz, Jorge Mañach, José Lezama Lima, José Prats Sariol, Lino Novas Calvo, Lydia Cabrera, Nivaria Tejera, Rafael Bordao, Raúl Rivero, Reynaldo Arenas, Severo Sarduy, Virgilio Piñera o Zoé Valdés]

[5] Véase: Hans Paschen: Narrative technik in romanwerk von Gustavo Álvarez Gardeazábal, Frankfurt am Main, 1991. Jonathan Tittler: El verbo y el mando: vida y milagros de Gustavo Álvarez Gardeazábal, Tuluá, 2004. Lynn Beth Stein: Gustavo Álvarez Gardeazabal's prose fiction: a study theme and technique, Ann Arbor, 1979. Pablo González Rodas: Colombia: Novela y Violencia, Manizales, 2003. Raymond Leslie Williams: Aproximaciones a Gustavo Álvarez Gardeazábal, Bogotá, 1977. Roberto Vélez Correa: Gardeazábal, Bogotá, 1986.

[6] Véase Diana Lloreda: Luis Fayad: de la desesperanza a la novela urbana, El siglo, Bogotá, 14 de mayo de 1984. Guillermo Alberto Arévalo: Luis Fayad: narrador de lo contemporáneo, en La novela colombiana ante la crítica. 1975-1990, Cali 1994. Jacques Gilard: Hacia Los parientes de Ester, Semanario Cultural, El Pueblo, Cali, 6 de mayo de 1979. Julio Hernán Contreras y Yuri Ferrer: Marvel Moreno y Luis Fayad en la literatura colombiana contemporánea. Universidad Nacional de Colombia. 1994. Luisa Fernanda Trujillo: La presencia de la ausencia en Los parientes de Ester, Magazín Dominical de El Espectador, Bogotá, 13 de mayo de 1984. Policarpo Varón: Bogotá en la novela de Luis Fayad, Nueva Frontera. Bogotá, 1984. Ricardo Cano Gaviria, La novela colombiana después de García Márquez en Manual de literatura colombiana. Vol. 2. Bogotá, 1988.

[7] LOS PARIENTES DE ESTER
Después de la muerte de su esposa, Gregorio Camero continuó viviendo en la misma casa con sus tres hijos, a quienes atendía Doris, una criada que había crecido como una hermana para Ester, desde cuando fue recogida de la calle e incorporada a la familia, en condición de desamparada primero y luego de muchacha del servicio, con un trato especial que con el tiempo la convirtió en la compañera de Ester por encima de la hermana, de las amigas y de las primas, sin separarse de ella

ni aun después de su matrimonio, cambiando de vida en ese momento tanto como Ester, participando del nuevo hogar con su misma autoridad, así como Ester colaboraba en los quehaceres de la casa con el mismo empeño de Doris, atenta a las obligaciones domésticas como si fueran suyas, permitiendo más tarde que sus hijos tuvieran el mismo afecto por su compañera como por ella. Por eso cuando Ester murió Gregorio Camero sintió su ausencia por todos los costados, pero no la falta de orden en el hogar. No comprendió entonces la insistencia de los parientes para que los hijos y él se separaran y fueran a vivir a casas ajenas. Fue la tía Mercedes la que hizo la propuesta. Al día siguiente del funeral de Ester, en la visita de condolencia que se había prolongado desde la noche del velorio, le dijo a Gregorio Camero que no tenía de qué preocuparse ya que Hortensia podía trasladarse para su casa, Emilia para donde Enriqueta y León para donde Rosario. Lo dijo de manera que se supiera que ya todo estaba arreglado, aunque Gregorio Camero no conociera al menos el origen de la idea. En todo caso, y a pesar de que por ahora no hubiera necesidad de llevarla a cabo, el hombre le agradeció a la tía Mercedes y a través de ellos a los demás parientes, si es que ellos estaban enterados del asunto. La tía Mercedes sonrió, sin despegar los labios para no desentonar con el carácter de las circunstancias.

—No te preocupes —le dijo—, todo resultará bien.

Se encontraban en la sala, junto a las mujeres que hablaban en voz baja y a los hombres que fumaban sin descanso. El humo subía a través de la nube que ya se había arremolinado a la altura de las cabezas y que las velaba en su vaivén gris. Los muchachos estaban en un canapé, entre tres tías que parecían custodiarlos. Gregorio Camero salió y se dirigió a la cocina. A su paso los murmullos de los que se encontraban en el patio se apaciguaron y volvieron a elevarse cuando él desapareció. En la cocina Doris preparaba café. Gregorio Camero se sentó en un butaco y la contempló vaciar varias cucharadas en el agua que empezaba a hervir y esperó a que le pusiera un poco de azúcar. Luego le pidió una taza. Doris continuó mezclando la bebida.

—Ya ha tomado mucho —dijo—, se va a enfermar —ella no había soportado con más valor la muerte de Ester pero parecía menos agotada a pesar de que durante tres días no había dejado de pasar café a las visitas. Sirvió un pocillo y se lo entregó al hombre.

—Se va a enfermar —repitió. Él dio unos sorbos, pensativo. Pensaba en que quizá no fuera tanta la tragedia si los demás no contribuyeran a agrandarla, y pensaba también en que quizá no existiera tal tragedia. Por primera vez había pensado en la muerte, o al menos tenía conciencia de que existía verdaderamente. Alcanzó a pensar en que la vida es una estafa. (Los parientes de Ester, 1978)

EL ESPECTADOR / SÁBADO 4 DE JULIO DE 2009

Sociales

Andrés Hoyos y Alejandro Gaviria. /Fotos: Hermínso Ruiz

Exitoso Festival Malpensante

La cultura celebró una vez más un interesante puente amenizado por las lenguas picantes de los invitados.

El millonario Andrés Hoyos, propietario de la revista *El Malpensante*, en compañía del político Alejandro Gaviria, uno de los candidatos a la vicepresidencia del país en las pasadas elecciones.

[8] Véase Álvaro Pineda Botero: Sin remedio, Revista de Estudios Colombianos, nº 5, 1988. César Valencia Solanilla. Sin remedio: Entre la aventura mítica del héroe y la modernidad literaria, en Manual de Literatura Colombiana, Bogotá, 1988. Darío Ruiz Gómez: Antonio Caballero y la nueva educación sentimental, Magazín Dominical de El Espectador, Bogotá, febrero 10 de 1985. Jaime Mejía Duque. "Sin remedio", la novela de Antonio Caballero, Consigna, Bogotá, Agosto 15, 1989. María Mercedes Carranza: Los elegidos de los años setenta, Nueva Frontera, Bogotá, 14 de enero de 1985. Juan Antonio Masoliver Rodenas: "Un paseo dantesco por el infierno de Bogotá", La Vanguardia. Barcelona 17 de octubre de 1985. Nicolás Suescun: La novela de Antonio Caballero, Lecturas Dominicales de El Tiempo, Bogotá, 23 de septiembre de 1984.

[9] SIN REMEDIO

—¡Alto ahí! ¡Dése preso! —le gritó un militar llevándose la mano a la cadera. A esa distancia ya lo reconocía, incluso bajo el casco de acero: el coronel Buendía. Pero no lo miró: había visto el sitio exacto en la garganta papuja del hijueputa de chaleco en donde iba a clavar los dedos y apretar hasta la muerte. Lo vio palidecer, abotonarse maquinalmente el chaleco, vacilar, dar media vuelta y echar a correr cuando ya estaba casi encima. Escobar hizo un regate para esquivar a un soldado que le cerraba el paso, persiguió al de chaleco a grandes saltos, comiéndole el terreno. Oyó de nuevo el vozarrón del coronel Buendía.

—¡Alto ahí o disparo!

Siguió corriendo, oyó una detonación seca, como una tos, como si hubieran vuelto a echar voladores en la plaza, y luego otras dos más, como dos toses. Cayó rodando en el cascajo, alzando polvo en la caída, sorprendido, sin entender por qué se había caído. Tenía la cara enterrada en el cascajo y distinguía con claridad los detalles de cada piedrecita, hecha de aristas relucientes y puntos negros y blancos. Una hormiga avanzaba por el terreno abrupto arrastrando una hojita verde. Veía con precisión las nervaduras de la hojita. Un lento reguero brillante alcanzó a la hormiga, lamió el borde de su carga, estremeciéndola. La hormiga corrió hasta lo seco, se detuvo. Se restregó enérgicamente las patas unas con otras, limpiándolas perfectamente. La hoja había quedado casi por completo atrapada en el

pequeño charco reluciente que empezaba a cuajar, vertical como una pequeña vela, verde brillante, más clara y más opaca por el lado áspero del revés. La hormiga se acercó con cautela, buscando terreno firme en donde hacer palanca con las patas, tiró nuevamente de la hoja, conmoviéndola, desprendiéndola al fin del súbito pantano, escalando las piedras, descendiendo, arrastrando y empujando la hojita verde que palpitaba a ras de tierra como una cosa viva, avanzando, alejándose. Un soldado se acuclilló a su lado, le ladeó la cabeza.

—A este lo enfriamos, mi coronel. Se amontonaba gente. El de chaleco pateó el cuerpo tendido, que recibió el golpe sin moverse. El coronel lo empujó con rudeza:

- ¡Usté le, ústele. . .! Respete, caballero, respete.

[Sin remedio, 1983]

[10] *Fabio Martínez: Fernando Vallejo: El ángel del apocalipsis, Boletín cultural y bibliográfico Bogotá, nº. 14, 1988. Javier H. Murillo: Un huapití para Fernando Vallejo, Número, nº 16, Bogotá, Diciembre 1997. William Ospina: La virgen de los sicarios, Número, nº 26, Bogotá, 2000. Rubén Velez: Con sicario, por favor, El Malpensante, nº 29, Bogotá, 2002.*

[11] *La virgen de los sicarios*

"Aquí te regalo esta belleza que ya lleva como diez muertos —me dijo José Antonio cuando me presentó a Alexis—". Alexis rió y yo también y por supuesto no le creí, o mejor dicho sí... Le quité la camisa, se quitó los zapatos, le quité los pantalones, se quitó las medias y la trusa y quedó desnudo con tres escapularios. Que son los que llevan los sicarios: uno en el cuello, otro en el antebrazo, otro en el tobillo y son: para que les den el negocio, para que no les falle la puntería y para que les paguen. (La virgen de los sicarios, Bogotá, 1994, pág. 11).

El murmullo de las oraciones subía al cielo como un zumbar de colmena. La luz de afuera se filtraba por los vitrales para ofrecernos, en imágenes multicolores, el espectáculo perverso de la pasión: Cristo azotado, Cristo caído, Cristo crucificado. Entre la multitud anodina de viejos y viejas busqué a los muchachos, los sicarios, y en efecto, pululaban. (pág. 16).

Mira Alexis, tú tienes una ventaja sobre mí y es que eres joven y yo ya me voy a morir, pero desgraciadamente para ti nunca vivirás la felicidad que yo he vivido. La felicidad no puede existir en este mundo tuyo de televisores y casetes y punkeros y rockeros y partidos de fútbol. Cuando la humanidad se sienta en sus culos ante un televisor a ver veintidós adultos infantiles dándole patadas a un balón no hay esperanzas. Dan grima, dan ganas de darle a la humanidad una patada en el culo y despeñarla por el rodadero de la eternidad, y que desocupen la tierra y no vuelvan más (pág. 15).



Guerrilleros de las FARC: Iván Ríos, Felipe Rincón, Simón Trinidad, Olga Marín, Raúl Reyes, Joaquín Gómez y Fabián Ramirez, junto a los políticos del Partido Conservador y empresarios colombianos Fabio Valencia Cossio, actual ministro de Gobierno, Carlos Martínez Simahan, Víctor G Ricardo, comisionado de paz del gobierno de Andrés Pastrana, Luis Carlos Villegas, Juan Gabriel Uribe, Ciro Ramírez y Guillermo León Escobar en el aeropuerto Fiumicino de Roma en los tiempos de la última intentona por lograr la paz entre los narcoterroristas y el estado colombiano.

Le pregunté si le gustaban las mujeres. "No", contestó con un "no" tan rotundo, tan inesperado que me dejó perplejo. Y era un "no" para siempre: para el presente, para el pasado y para el futuro y para toda la eternidad de Dios: ni se había acostado con ninguna ni se pensaba acostar. Alexis era imprevisible y me estaba resultando más extremoso que yo. Conque eso era pues lo que había detrás de esos ojos verdes, una pureza incontaminada de mujeres. Y la verdad más absoluta, sin atenuantes ni importarle un carajo lo que piense usted que es lo que sostengo yo. De eso era de lo que me había enamorado. De su verdad (pág. 21).

No habla español, habla en argot o jerga. En la jerga de las comunas o argot comunero que está formado en esencia de un viejo fondo de idioma local de Antioquia, que fue el que hablé yo cuando vivo (Cristo el arameo), más una que otra supervivencia del malevo antiguo barrio de Guayaquil, ya demolido, que hablaron sus cuchilleros, ya muertos; y en fin, de una serie de vocablos y giros nuevos, feos, para designar ciertos conceptos viejos; matar, morir, el muerto, el revólver, la policía... Un ejemplo: "¿Entonces qué, parce, vientos o maletas?" ¿Qué dijo? Dijo: "Hola hijo de puta". Es un saludo de rufianes. (pág. 31)

Le pedí que anotara, en una servilleta de papel, lo que esperaba de esta vida. Con su letra alrevesada y mi bolígrafo escribió: Que quería unos tenis marca Reebok, y unos jeans Paco Rabanne. Camisas Ocean Pacific y ropa interior Calvin Klein. Una moto Honda, un jeep Mazda, un equipo de sonido láser y una nevera para la mamá: uno de esos refrigeradores enormes marca Whirlpool que soltaban chorros de cubitos de hielo abriéndoles simplemente una llave (pág. 107)

Sacó el Ángel exterminador su espada de

fuego, su 'tote', su 'fierro', su juguete, y de un relámpago para cada uno en la frente los fulminó. ¿a los tres? No bobito, a los cuatro, al gamincito también... (pág. 64).
Después se desbarrancó por el derrumbadero eterno, sin fondo. Jirones de frases y colores siguieron, rasgados, barridos en el instante fugitivo (...) mi niño se desplomó: dejó el horror de la vida para entrar en el horror de la muerte. Fue solo un tiro certero, en el corazón. Creemos que existimos, pero no, somos un espejismo de la nada, un sueño de bazuco (pág. 92).
¿Se les hace impropio un viejo matando a un muchacho? Claro que sí, por supuesto. Todo en la vejez es impropio: matar, reírse, el sexo y sobre todo seguir viviendo. (pág. 103).

[12] *Véase Carolina Sanin: Dos sobre Roa Sierra, El Espectador, Bogotá, 13 de agosto de 2009. Daniel Ferreira: El crimen del siglo, Una hoguera para que arda Goya, El País, Madrid, febrero 26, 2009. http://lacomunidad.elpais.com/una-hoguera-para-que-arda-goya/2009/2/26/el-crimen-del-siglo-colombia; Darío Henao: El crimen del siglo, Poligramas, Cali, nº 28, Diciembre 2007.*

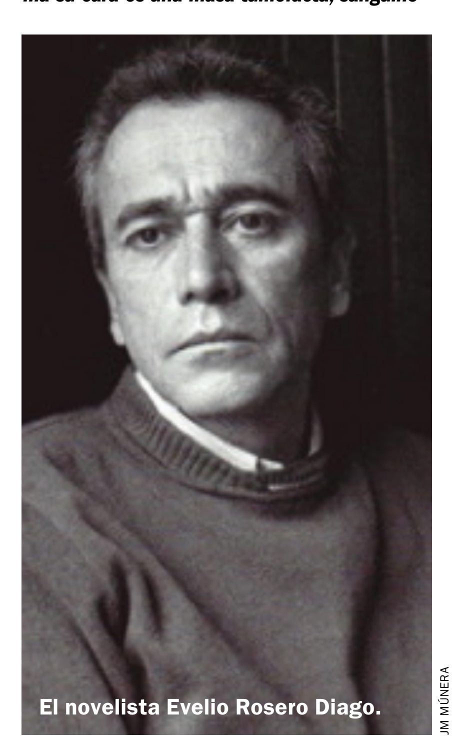
[13] *EL CRIMEN DEL SIGLO*
A la Clínica Central, a la Clínica Central claman las voces, el taxi arranca en contravía hacia el sur a gran velocidad echando pito mientras el cerco se cierra alrededor de Roa Sierra, un hombre lo tiene de la solapa, otro lo remece del saco, alguien grita Pascual, no deje que maten a ese tipo, Pascual del Vecchio, el amigo de Gaitán corre hacia Roa Sierra y lo agarra por la corbata, ¿Por qué asesinó al doctor Gaitán?, le grita en la cara, Roa Sierra no oye, ni ve, ni entiende, Señor, por favor, entrégueme a la justicia, suplica, sin saber que precisamente un policía lo tiene apercollado por la espalda, asesino, asesino, le escupen en la cara los hombres que lo rodean, Del Vecchio y los dos policías arrastran a Roa Sierra por entre el tumulto con la idea de ponerlo a salvo dentro de algún establecimiento, A la sombrerería, dice Del Vecchio, pero cuando logran arrimarse a la acera los empleados de la sombrerería San Francisco están bajando la reja, vuelven sobre sus pasos, seguidos, rodeados, acosados por una multitud enardecida, vociferante, que intenta arrebatar a Roa Sierra de la custodia de los agentes para descargar su impotencia, su dolor, su odio contra él, A lincharlo, A lincharlo, claman las voces pateándolo, golpeándolo en la cara o donde caigan los golpes que manos sedientas de venganza lanzan sobre la humanidad del presunto asesino, un embolador levanta su caja de entre el racimo de manos y la descarga en la cabeza, el sombrero, que milagrosamente conserva puesto, le amortigua a medias el golpe, en medio de la confusión, de los gritos, de las amenazas, Roa Sierra reconoce al embolador recién llegado a la cuadra, el de la quijada de ganzúa, Del Vecchio y los policías logran arrancarlo de la multitud y avanzan llevándolo a empellones hasta alcanzar la acera y empujarlo dentro del primer establecimiento abierto que encuentran a mano, la Droguería Granada, cuyos empleados se apresuran a cerrar las rejas, una de cada lado, con tanto afán que uno de los policías se queda por fuera, Roa Sierra, aterrorizado, sangrando por la nariz y por la boca, trata de brincarse el mostrador con la intención de buscar refugio en el interior de la farmacia, pero Elías Quesada Anchicoque, uno de los empleados, se lo impide, ¿Usted por qué asesinó a Gaitán? Silencio. ¿Quién lo mandó? Ay, señor, gime Roa Sierra, yo esas cosas no las puedo decir, Por qué lo hizo, diga, insiste Quesada Anchicoque, tiene la blusa blanca de trabajo manchada de sangre, Señor, tenga piedad en mí, no deje que me maten, suplica Roa Sierra con la cara y las manos untadas de sangre, saca los cinco tiros que guarda en el bolsillo y los arroja al piso que ha ido dejando regado de sangre a su paso, y al ver a la montonera energúmena remeciendo las rejas hace un nuevo intento por escabullirse hacia el interior del negocio, pero un empleado que está detrás del mostrador lo rechaza con violencia haciéndolo caer de espaldas al piso, Virgencita del Carmen ayúdame, exclama el detenido sollozando como un niño, afuera la gritería es feroz, la multitud golpea las rejas con sillas, con garrotes, con cajas de embolar intentando echarlas abajo, Déjenlo salir, Asesino, Entréguenlo,

El novelista Antonio Ungar, nieto de uno de los más prestigiosos libreros colombianos del siglo XX.

El novelista Azriel Bibliowicz, director del Programa de Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia.

Belisario Betancur Cuartas, poeta y presidente de Colombia en la portada de la revista Don Juan.

Córtenle las manos, Si no lo dejan salir los matamos a todos, sobresale por encima de los otros el grito de un tipo alto, robusto, pecoso, que debe tener sus buenas razones para proferir semejante amenaza, afuera, confundido entre la gente de todos los pelajes que arremete contra las rejas, está el hombre elegante del periódico y el paraguas, también hay cinco o seis uniformados que debido a la confusión y al desorden no se sabe si están tratando de contener a los agresores o de reforzar sus violentas intenciones, las voces y los gritos son un solo rugido aterrador, las rejas comienzan a ceder amenazando desplomarse de un momento a otro con la turbamulta encima, mientras tanto, en un rincón de la droguería, el policía le practica una requisa a Roa Sierra, Del Vecchio, a su lado, lo interroga tratando de sacarle nombres y datos, pero el acusado, que a estas alturas ha perdido el sombrero, permanece mudo, mirando con ojos de locura hacia las rejas que la muchedumbre está a punto de echar abajo, los empleados, aterrorizados, temiendo por sus vidas y conscientes del peligro que corre el negocio, abren, a medias, una de las rejas, y por ese boquete entra una avalancha de gente con los puños en alto, gritando, tropezando unos con otros, entre ellos un pelirrojo bajito, cuajado, con cara de perro, que al ver a Roa Sierra mirándolo con ojos de cordero degollado y avanzar hacia él extendiendo los brazos levanta una pequeña carretilla de hierro que está recostada contra la pared y se la descarga con todas sus fuerzas en la cabeza, Roa Sierra siente un crujir de huesos por dentro de los oídos, un sabor de cobre en la boca, se derrumba, siente que lo atenazan por los brazos, por las manos, por las piernas, que lo empujan, que lo sacan a rastras a la acera, al frente los edificios se retuercen y el mundo comienza a dar vueltas a su alrededor, ve los rostros crispados, acezantes, mostrando los dientes encima de su cara, como mastines rabiosos, los rostros girando, alejándose, acercándose, vislumbra, a través de una llovizna de cenizas, las miradas feroces, los gestos adustos, los rostros patibularios de Tom, del hombre de la cicatriz, del Mandamás, del ayudante, salpicado de sangre, su sangre, del chofer del Oldsmobile, incluso, quizás por ese destello de lucidez que nos encima la proximidad de la muerte, confundido entre esos rostros logra reconocer el de ese extranjero que las ruinas de su memoria asocian con el Pote, pero cuyo nombre ya no da para recordar, todos ellos le gritan Asesino, Asesino, Asesino, pero él ya no oye nada, el silbido estridente de la sangre le revienta los tímpanos, más allá, a la entrada del Agustín Nieto, hombres y mujeres lloran mojando sus pañuelos en la sangre del mártir, pero Roa Sierra no puede verlos, su cuerpo rueda como un guiñapo de feria sobre la acera, y cuando cae en la calzada de la séptima su cara es una masa tumefacta, sanguinolenta, irreconocible, y es en esos instantes cuando siente el sosiego de una mano amigable, una mano enorme, helada, huesuda, que lo agarra la muñeca, y lo último que ve, antes de que en sus ojos se haga de noche para siempre, es a la horrible vieja desdentada de negro e inclinada a su lado, mirándolo con sus cuencas vacías a los ojos, y esa mano comienza a arrastrarlo por el pavimento, esa y muchas más lo arrastran de las manos machacadas, del pelo ensangrentado, de los pies descalzos, despellejados a jirones, de la corbata, uno, que ya no tiene por dónde echarle mano, se quita su corbata y se la enlaza en el cuello y se suma al arrastre, y todos lo arrastran como se arrastra una res sacrificada, todavía palpitante, sin dejar de golpearlo, en la cara, en las piernas, en el estómago, con palos, con piedras, con zapatos, sin dejar de punzar su carne adormecida con chuzos, con navajas, con varillas, echándole su vaho de muerte encima, sus gritos de dolor, sus sollozos, sus lágrimas, su cuerpo es arrastrado y su ropa va quedando en el camino desgarrada en hilachas, pero él ya no está en ese cuerpo reventado, se ve arrastrar casi desnudo, se ve masacrar, se ve maldecir y en la Plaza de Bolívar ya son miles los rostros iracundos, pero son otros rostros los que desfilan por su mente, el de su madre y el de Magdalena, el de María y el de Vicente, el de Rafael, el de Umland, el del flaco, hasta que esos rostros se van desvaneciendo, se van esfumando, se van diluyendo en una bruma espesa y silenciosa que acaba por tragárselo todo.


El novelista Evelio Rosero Diago.

JM MÚNERA

[14] Sandra Rodríguez [El 9 de abril en las políticas de la memoria oficial: el texto como dispositivo del olvido, Bogotá, 2008] analiza la manera como el Ministerio de Educación Nacional asumió e implantó, después de 1948, unas políticas que condujeran al olvido, vigilando la planificación y el desarrollo de la enseñanza, mediante el incremento de la historia patria en primaria y secundaria; haciendo de las escuelas lugares permanentes de celebración y veneración de los símbolos patrios, del escudo, el himno nacional, la bandera, las imágenes de Santander y Bolívar, etc. Sandra Rodríguez identifica, en los textos escolares publicados entre 1949 y 1967 tres elementos básicos en la evocación del 9 de abril que contribuyeron a borrar de la memoria colectiva al gaitanismo y una eventual resurrección de su figura e ideología: la afirmación de que fue un atentado de "izquierdistas" y "apóstoles de Moscú" contra el orden institucional del país; segundo, el pueblo saqueador, dedicado al asesinato y a la traición, que se subleva contra el patrimonio cultural, la Iglesia y el comercio; y finalmente, la idea de que Mariano Ospina Pérez fue el héroe del 9 de abril por salvar la institucionalidad.